

verificó en Italia en nombre de la idea como en Alemania, sino en nombre de la belleza plástica. Aunque el arte haya resucitado con el espiritualismo cristiano, protesta contra la Edad Media en nombre de la antigüedad, es decir, que trata de revestir su ideal con los prestigios de la belleza, de tal manera que concluye por olvidar la sustancia por la cubierta, y que el gusto reemplaza el entusiasmo. Una vez rota la gran unidad papal, perecido las sociedades masónicas y con ellas sus secretos, la arquitectura volvió á las prácticas más fáciles del arte antiguo. El artista no se encuentra entonces en la clase del pueblo: le es preciso buscar recompensas y protecciones en las cortes, y llega á ser adulador; en fin, las artes pierden su importancia histórica, porque la oportunidad de las instituciones entre quienes se ha verificado el renacimiento ha cesado de subsistir. Entre los protestantes el arte se reduce al aposento, al retrato y á las galerías.

La atención se encuentra ya fija más bien en la prensa que en la arquitectura, en el papel que en el mármol. A principios del siglo, se vió aparecer una gran erudición, una inteligencia penetrante, pero una crítica pobre. La Reforma dió nueva importancia en los estudios, y las lenguas antiguas fueron tan necesarias para los intereses de la religión como para la certidumbre histórica. Arrastrada en medio del torbellino de las discusiones suscitadas entonces, pereció la bella literatura. La sospecha hizo sofocar la cultura intelectual en países donde había hecho notables progresos como en Italia; en otras partes se desechó todo lo que olía á Edad Media, medida que en ciertos países estinguíó la originalidad; la antigüedad no se consideró ya en relación con toda la historia del mundo, y en el griego y el latín fué donde se fijó exclusivamente la atención de que perecieron indignos los tiempos medios, que han sido sin embargo la infancia y la juventud de las sociedades modernas. Amortiguada la imaginación entre los pueblos clásicos, que no hacían más que imitar y compilar, se había reanimado en tiempo de las cruzadas y de los concejos, y rejuvenecida por el cristianismo

había tomado en alas de la fe un intrépido vuelo. En aquel momento tuvo que ceder el puesto á la razón, que repudiando las reminiscencias de los tiempos aun próximos, y las hermosuras de la vida, proclamó el pensamiento como fuerza de conservación y destrucción, entregándose á controversias sin fin, en las que la filosofía permaneció separada de la fe, la falsa opinión abrumada, pero sin que se formase una organización mejor para propagar la verdadera; de aquí resultaron molestas reacciones, tiranía del pensamiento, cuya emancipación se había proclamado, y la necesidad de nuevas revoluciones.

Y á la verdad, el que en tiempo de la Reforma vea aquel orgulloso vilipendio de todo lo antiguo, el que juzgue preocupación lo que se opone á las preocupaciones propias, aquel sentimiento de importancia personal, por el cual hasta los más ignorantes quieren fiarse en su prudencia, aquella confianza en el progreso del mundo, aquel dirigirse á un objeto elevado sin medir el camino para llegar á él, encontrará puntos de comparación no lejanos. La revolución principiada en el siglo XVI, y que en el XVII quedó suspendida algun tiempo por el orden y la admiración que acompañaron á Luis XIV, tomó de nuevo aliento en el XVIII, aunque con pocas añadiduras: Montesquieu rehizo á Bodin, Mably siguió los pasos de Hotman, Rousseau se inspiró con la lectura de Montaigne; Grocio no tuvo émulos. La Boetie había proclamado ya la libertad, y Almain y Jurien estableció la doctrina de la soberanía nacional; tampoco las cenizas del barón de Holbach llevaron la duda más allá del punto adonde la había llevado Socino. Aquel siglo es, pues, el padre y precursor del nuestro; en él aparecieron y se discutieron todas las cuestiones, que hoy mismo trastornan la Europa; la lógica trajo inexorablemente las consecuencias, contra las cuales combaten en el día la historia y el sentimiento; á las abstracciones se sacrificaron las personas: ¿quién sabe si al presente no amenaza también una guerra de los Treinta Años, y así como entonces, los furiosos morirán en la fatiga y la prostración, pero después de contribuir al progreso de la libertad?

## NOTAS AL LIBRO XV

(A) PÁG. 98

### PRISION DE DON CÁRLOS DE AUSTRIA

Los nuevos datos que transcribimos en este lugar, han sido extractados de la biblioteca de Viena.

#### *Relacion de la prision del príncipe don Carlos de Austria.*

El sábado 27 volvió el rey del punto á donde se había retirado, segun su costumbre, para pasar la fiesta de Navidad, no tan pronto como lo hacia otros años, tanto como hay desde la Epifanía, hasta el día de San Antonio. El domingo siguiente, que fué el 28, hizo decir secretamente al conde de Lerma y á don Miguel de Mendoza, ayuda de cámara del príncipe, dejasen abiertas la noche siguiente las puertas que daban entrada á las habitaciones del príncipe, y tenerle despierto. Hizo que Santoro y Bernate, sus ayudas de cámara, cogiesen clavos y martillos; después sólo con ellos y cuatro del Consejo de Estado, que fueron el duque de Feria, el señor Ruy Gomez, el prior don Antonio y don Luis de Quesada, todos sin luz y sin armas, en traje de casa, fueron á las once de la noche á la cámara del príncipe, que, con la espalda vuelta á la puerta, hablaba con sus dos camareros. Antes que el príncipe notase la presencia de su majestad, se apoderó el rey de la espada y el puñal que tenia á la cabecera de la cama y se lo dió á Santoro. Turbado el príncipe, se puso de pié en la cama, y preguntó á su padre si venia á quitarle la vida ó la libertad. «Ni una cosa ni otra, contestó el rey; tranquilizaos.» Después mandó á los que habían traído los clavos y los martillos clavasen las ventanas. Iba entonces el príncipe á arrojar al fuego, que ardía en abundancia en la cámara, pero el príncipe don Antonio le detuvo. Dirigióse entonces á apoderarse de unos candeleros que también le quitaron, como asimismo los morillos de la chimenea, y otras cosas semejantes. Entonces se arrojó á los piés de su padre, rogándole le matase. El rey, con su moderación acostumbrada, le dijo y repitió que se tranquilizase. Habiéndole hecho después volver á la cama, hizo sacar de la habitación todos los cofres y papeles escritos; después entregó la persona del príncipe á los cuatro referidos consejeros de Estado, pero principalmente al duque de Feria, como jefe de la guardia, y recibió su juramento de custodiarle cumplidamente.

Habiendo convocado el lunes 19 á los consejos de su reino, dió cuenta á cada uno de ellos en particular de lo que había sucedido, exponiéndoles que había sido necesario y urgente obrar de esta manera, como lo sabrian en tiempo oportuno; y mandó á los secretarios diesén aviso á las provincias.

Los dichos cuatro hombres han hecho hasta el día 25 la guardia; que después ha sido enteramente confiada sólo al señor Ruy Gomez, con seis caballeros para asistirle, que son el conde de Lerma, don Juan de Mendoza, don Gonzalo de Alarcon, don Pedro Manrique, don Bernardo Donarides y don Juan Borgia; dos de ellos están de servicio cada día, además de los monteros de Espinosa.

Sólo una habitacion, llamada la Torre, es la que se ha dejado al príncipe; no tiene chimenea, las ventanas son muy altas, pequeñas y con hierros. Las demás se dieron al señor Ruy Gomez, y para que montase la guardia con más comodidad, ha sido la voluntad de su majestad el que llevase á ella su mujer.

Los motivos de esta resolucion los atribuye el mayor número á enfermedad del cerebro en el príncipe, ó á la desesperacion que tenia por vivir con demasiada sujecion. Habiendo anunciado ciertas señales que proyectaba salir de España, se ha añadido que luego queria usurpar los reinos con la muerte de su padre, con el designio, dicen, de ir á Portugal, cuyo rey le favorecia, como tambien el cardenal, pasando de allí á Flandes.

Con este objeto habia comprometido á gran número de personas verbalmente, pero sin confiar su secreto á ninguno; escepto, según se cree, á D. Juan de Austria, con el objeto de que le aclamase después con toda su escuadra, y tal vez al marqués de Pescara. Ahora bien, se cree que el rey ha sido advertido por uno de éstos. Su majestad no ha adoptado esta medida, sino después de haber hecho rogar á Dios por espacio de cuatro meses lo menos en todas las iglesias, para que le inspirase y guiase.

Se ha quitado al príncipe toda su servidumbre y sus caballerizas, distribuyéndose los caballos entre el rey, la reina, la princesa y don Juan.

Dícese que el duque de Feria debe ir como *conde de los Consejos* fuera de la corte; unos designan á Sevilla, otros á Italia, etc.

Madrid, 26 de enero de 1568.

*Carta del rey católico á don Perafan de Riveira, duque de Alcalá, virey de Nápoles.*

«Habiendo dispuesto que la persona del serenísimo príncipe don Carlos sea *recogida*, introduciendo un orden muy diferente en el modo de tratarle, servirle y conducirse con respecto á él, y siendo este cambio de la naturaleza que es, nos ha parecido á propósito hacérselo entender con objeto de que sepais que lo que se ha hecho, ha sido por una razon tan justa, y causas tan urgentes, que nos hemos visto obligados á obrar de esta manera, que no hemos podido dejar de adoptar este medio; creyendo, como creemos ciertamente, que será el más conveniente y el más propio, tanto para el servicio de Dios, como del público, que hasta aquí se ha tenido en consideracion, y al cual se ha atendido como se hará en adelante; de lo que se os dará aviso oportuno y cuando sea necesario.

Madrid, 22 de enero de 1568.

»YO EL REY.»

Es bueno consultar sobre este hecho, enteramente desfigurado por los libelistas contemporáneos y por trágicos posteriores, la correspondencia de Forquevaux, embajador francés en España, en RAUMER, *Cartas históricas sobre los siglos XVI y XVII*. Refiérese en ellas que don Carlos manifestaba abiertamente el odio que tenia á su padre, hasta tal punto que su confesor le negó la absolucion; que estaba envidioso de don Juan de Austria, y que trató hasta de asesinarle.

Si se reflexiona que Felipe II tenia treinta y un años cuando se casó con la futura de su hijo, un niño, y que la princesa de Eboli era tuerta, no es ya posible admirar, como se acostumbra á hacerlo, la verdad histórica de Schiller, y de los demás escritores que han tratado dramáticamente este asunto. Un arte adopta una falsa direccion cuando sacrificando un mérito que le es propio, ejecuta lo que otro arte puede hacer con mayor perfeccion y más facilmente con sus medios particulares. Esto es lo que acontece con la poesia cuando quiere convertirse en historia; ahora bien, en el caso en que nos encontramos, es necesario hacer dramáticamente de don Carlos el tipo de la tolerancia y de la libertad, cuando era enteramente otra cosa.

Schiller habia sido adelantado por Otway, que hizo en 1676 una tragedia sobre el mismo asunto. La accion empieza el dia mismo en que se celebran en Madrid las fiestas del matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia. El rey está celoso antes de poseerla; ella siente el amante que ha perdido. Felipe confía sus celos á Gomez, que los fomenta con la esperanza de sacar partido de ellos. Los dos amantes se encuentran; don Carlos confiesa á la reina su amor, la que no oculta el suyo; presentándole su mano que cubre de besos: «Amadme, le dice, príncipe generoso, pero conservad pura vuestra llama: que vuestros deseos sean castos á fin de que podamos un dia encontrarnos sin vergüenza en la morada celestial, presentándonos en ella siendo toda alma, todo amor... ¡Ay! ¿Por qué estoy tan turbada? Estoy muy débil, no puedo permanecer más tiempo. Temo el poder de tan dulce encanto, y no tendria fuerzas para alejarme.»

El marqués de Posa es tambien el amigo del infante; acompaña en union de Gomez y de don Juan de Austria al rey que se presenta en el tercer acto, y esclama: «¡Poderoso Dios! ¿cómo he podido excitar vuestra cólera hasta tal punto que afijais mi ancianidad, después de haber hecho próspera mi juventud? ¡El incesto de una esposa con un hijo! ¡Terrible dial...» Gomez, que ha asegurado haber visto á don Carlos besar la mano á la reina, recibe orden de castigarla, tanto á ella como al infante.

Pero el marqués de Posa toma su defensa y desafía al traidor que ataca su honor; don Juan de Austria se une á él, pero no llegan á disipar las sospechas del rey; Posa advierte al infante y á la reina del peligro que les amenaza, Isabel contesta: «¡Cómo! ¿está celoso? Creia que tendria más fe en mi virtud. Sus injustas sospechas no tardaron en declararse, pues comenzó á manifestarlas el dia mismo de nuestro matrimonio, antes de la noche que debia consumarlo.» Aconseja á don Carlos á marchar, pero él no quiere resignarse á ello. Apenas ha salido éste, cuando aparece el rey; y encontrando á Posa con la reina, se enfurece, manda ponerle preso, y amenaza la reina, la que le jura un odio mortal. En su consecuencia, manda reducirla á prision. Cuando don Carlos, que se presenta, le pregunta por qué trata así á la reina, le hace tambien poner preso; pero don Juan intercede por ellos. El infante dirige á su padre amargos cargos, le confiesa que ama á la reina, y hasta se alaba de ello; indignado el rey, manda que sea aquella desterrada; enterneciéndose después, la abraza, él jura que la ama y la hace prometer no volver á ver á don Carlos; después sale dejando al príncipe con la reina. Aquí hay una escena de amor.

Don Carlos se propone partir para Flandes; pero antes quiere ver á la reina. Acaban de ponerle preso por orden del rey, pero don Juan se encarga de suspender la ejecucion. Penetra el infante en el aposento de la reina, confiándose en la princesa de Eboli, que finge favorecerle. La reina le exige que tranquilice á su padre, y él lo promete: sin embargo, se adelanta hácia el aposento. Prevenido Gomez por la princesa de Eboli, que es su mujer, anuncia al rey que don Carlos y la reina estaban juntos. Aparece Posa, y el rey manda á Gomez darle muerte, lo que ejecuta; se le encuentran despachos para Flandes que habia preparado en nombre del infante; en este momento aparece don Carlos para pedir perdón á su padre en presencia de la reina. Encolerizado el rey, contesta enseñándole los despachos y el cadáver de Posa; desesperado el infante, saca su espada, arrojándola después lejos de él. La reina quiere justificarle, Felipe se irrita, concluye por mandar á la princesa de Eboli envenenar á la reina, á fin de que espie sus culpas con grandes sufrimientos.

En el quinto acto, envia á decir á la reina que don Carlos la aguarda. Pero cuando llega se encuentra en presencia de su celoso tirano, que le dirige cargos y le declara que es preciso morir; acepta ella su suerte, pero protestando de su inocencia, y comienza á sentir los efectos del veneno. En este estado las cosas, la princesa de Eboli, á quien Gomez, su marido, ha encontrado con don Juan de Austria, ha sido tambien víctima de los celos conyugales; preséntase ésta en la escena, herida de muerte y próxima á dar el último suspiro, revela los manejos de Gomez, la inocencia de la reina y espira. En vano quiere el rey salvar á Isabel, que ha bebido ya el fatal veneno; á don Carlos le han abierto las venas, que se presenta á su vez en la escena debilitado por la sangre que ha perdido, y muere después de Isabel, mientras que el rey asesina á puñaladas á Gomez.

Esta carniceria es un desenlace desgraciado. Hay, sin embargo, mérito en los caracteres de Posa y de la princesa de Eboli, que el poeta alemán ha descrito magníficamente, aunque de una manera ideal. Schiller escribió su *Don Carlos* en Bauerbach, en los ocios laboriosos de una vida de imaginacion, consolado con la amistad de madama Wollzogen que le habia ofrecido aquel asilo. Puede encontrarse una prueba de la disposicion lirica de su talento en aquella época, en este pasaje de una carta dirigida á uno de sus amigos: «Con el fresco de la mañana, pienso en vos y en mi don Carlos. Mi alma contempla á la naturaleza en un espejo brillante y sin nubes, y me parece que mis ideas son la realidad. La poesia es una amistad entusiasta, un amor platónico para una criatura de nuestra imaginacion. Un gran poeta debe ser capaz de experimentar á lo menos una grande amistad. Debemos ser los amigos de nuestros héroes, pues debemos temblar, obrar, orar y desesperarnos con ellos. Por esta razon yo hablo con mi don Carlos en sueños; me paseo con él por el campo; toma su alma del Hamlet de Shakspeare, su sangre y sus nervios de Julio de Leisewitz; pero recibe de mí la vida y el impulso.»

(B) PAG. 115

LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ

Los católicos, hombres de odio y cólera, dispuestos á todas las violencias para sostener la supersticion contra la razon, no conociendo otro medio de evitar que la verdad se estendiese, concertaron una matanza general de los disidentes de Francia, de acuerdo con el papa, Felipe II y Carlos IX.

En estos términos poco más ó menos se formulaba en el siglo pasado la historia del deplorable crimen ejecutado en la noche de san Bartolomé, lo que ofrecia un hermoso texto á las declaraciones contra los reyes y los sacerdotes; dos poderes que locamente se confundian en la opinion de los filósofos.

Nuestro siglo, menos analítico, es decir, menos crédulo de los asertos, acostumbrado á pesar los hechos, ha debido naturalmente someter de nuevo al examen estos dogmas volterianos, conviniendo ante todo que este acontecimiento es uno de los problemas más adecuados para impulsar á la historia al escepticismo.

¿La matanza fué preparada ó premeditada? ¿Felipe II la aconsejó realmente á Carlos IX y á la reina Catalina, seis ó siete años antes de su ejecucion? ¿Se concibió la idea de adormecer al partido protestante en la confianza y en la seguridad? ¿Fué urdida la trama después de muchas meditaciones por Carlos IX, Catalina y sus amigos, ó como lo pretenden los católicos, fué el resultado de una sublevacion popular, de un motin pasajero, de una violencia que el rey sancionó con su autoridad, para satisfacer y saciar la venganza de la exasperada muchedumbre?

Los contemporáneos están desacordes en todos los puntos. Perefíxe asegura que perecieron seis mil individuos: como obispo católico, no tenía interés en aumentar el número de los muertos. Sully, hugonote, le hace ascender á sesenta mil, De-Thou, favorable á los filósofos, opuestos á los católicos, no cuenta más que treinta mil muertos. La Popelinière los reduce á veinte mil; Papirio Massou, á diez mil; el Martirologio de los protestantes á cinco mil; el abate Caveirac pretende establecer que la lista fúnebre no pasó de dos mil. De este número á setenta mil hay gran diferencia.

La cuestion de premeditacion no está menos oscura. Segun los primeros historiadores católicos, Papirio Massou y Camilo Cupilupi, fué larga, constante, y estuvo muy oculta. Cuando recibió la noticia de la matanza, Felipe II manifestó grande alegría. Varios de sus cortesanos decian, que el acontecimiento no era debido al rey de Francia, sino al pueblo, pues los calvinistas habian sucumbido á los inesperados golpes del furor popular; pero «á estas palabras, contestó el embajador francés, que da cuenta de esta conversacion, el rey de España movió desdeñosamente la cabeza mofándose del cortesano que había emitido aquella opinion, y declaró que atribuía sencillamente el castigo de los herejes á una estratagemá concebida por la habilidad y sostenida por el poder de V. M.»

La impresion de Roma no era diferente de la de Felipe II, pues Cupilupi, caballero romano, publicó con este título, *Estratagemá de Carlos IX, rey de Francia, contra los rebeldes hugonotes*, una relacion bien escrita de la conjuracion, de su ejecucion y de sus consecuencias, juzgándola una tragedia deplorable, pero necesaria y ordenada por el deber. Su libro está lleno de la política perversa que dominaba entones en Italia y fuera de ella; ésta se manifestaba tan desnuda y tan negra, que los historiadores concienzudos sospecharon que los calvinistas habian hecho componer esta obra en italiano para dañar al partido contrario.

El famoso latinista Mureto, á quien los humanistas apellidan nuevo Ciceron, pronunció ante el papa un elogio de la matanza; y trasladamos aquí el siguiente pasaje como prueba de la hinchazon que le era natural: «O noctem illam memorabilem et in fastis eximie alicujus notæ adjectione signandam, quæ paucorum seditiosorum interitu regem à præsentis cædis periculo, regnum à perpetuo bellorum civilium formidine liberavit! Qua quidem noctis stellas equidem ipsas luxisse solito nitidius arbitror, et flumen Sequanam majores undas volvisse, quo citius illa impurorum hominum cadavera evolveret et exoneraret in mare. O felicissimam mulierem Catharinam regi matrem, quæ cum tot annos admirabili prudentia parique sollicitudine regnum filio, filium regno conservaret, tum demum secure regnantem filium adspexit! O regis patres ipsos quoque beatos! quorum alter cum, qua ætate cæteri vix adhuc arma trahere incipient, ea ipse cuater commisso prelio frater nos hostes fregisset ac fugasset, hujus quoque pulcherrimi facti præcipuam gloriam ad se potissimum voluit pertinere alter, quamquam ætate nondum ad rem militarem idonea erat, tanta tamen est ad virtutem indole, ut neminem nisi fratrem in his rebus gerendis eoque animo sibi passurus fuerit anteponi! O diem denique illum plenam lætitiæ et hilaritatis, quo tu, beatissime pater, hoc ad te nuncia allato, Deo immortalis et divo Ludovico regis, cujus hæc in ipso per vigilio evenerant, gratias acturus, indictas à te supplicationes pedestris obiisti! Quis optabilior ad te nuncios adferri poterat aut nos ipsi quod felicius obtare poteramus principium pontificatus tui, quam ut primis illius mensibus tetram caliginem, quasi exorto sole, discussam cerneremus!» (T. I, p. 197, ed. Ruhnken).

El príncipe Francisco de Toscana escribió á Vasari, con fecha de 20 de noviembre de 1572, lo que sigue: Nos alegramos de haber sabido, no sólo vuestra llegada á Roma, sino tambien los favores que os ha dispensado Su Santidad, quien tiene razon en querer que aparezca en la sala de los reyes un acontecimiento tan santo y notable como fué la ejecucion contra los hugonotes en Francia.» Apéndice Gaye, II, cccxi.

En 1817 se publicó una relacion del Tasso sobre las cosas de Francia, donde aprueba y alaba aquella mortandad.

Papirio Massou, el predicador Sorbin, y la mayor parte de los historiadores españoles, se quejan de no haber sido posible sofocar de una vez toda la hoguera de la herejía. Lejos de querer culpar la memoria de Carlos IX, pretenden tributar homenaje á su piedad, coleccionando todos los hechos que se dirigen á probar que la matanza fué prevista y dispuesta mucho tiempo antes.

Los historiadores católicos modernos desecharon con indignacion esta premeditacion de crimen, juzgando necesario lavar la mancha sangrienta é infame impresa en la frente de los sectarios de Jesucristo; y acusaron de calumnia á Cupilupi, á Papirio Massou y á Augusto de Thou. Caveirac, de Nîmes, dialéctico erudito, como escritor exacto y correcto; celoso católico, emprendió esta tarea, y proporcionó los principales argumentos de que se sirvieron después los demás historiadores, y principal-

mente el doctor Lingard. Su pequeño tratado es una obra maestra de argumentacion; presenta en él con talento y vigor algunas razones, y desenvuelve con destreza las circunstancias históricas en apoyo de una teoria.

Segun estos historiadores, la pretendida conjuracion de todas las potencias católicas contra el calvinismo es una quimera. En el momento en que Coligny fué derribado por Mauvert, Carlos IX estaba en vísperas de declarar la guerra á España, habiéndose indispuerto las dos cortes. Felipe II, muy comprometido en Bélgica, no temia nada tanto como ver al rey cristianísimo, su hermano, aumentar con aquellas hostilidades la dificultad de su posicion. No se encuentra en otra parte, añade Caveirac, en la ejecucion de aquella sanguinaria tragedia, el conjunto de disposiciones uniformes, la sencillez del plan indispensablemente necesaria, para admitir una premeditacion. La corte no hubiera dejado de hacer dar muerte en el mismo dia á todos los protestantes en las diferentes ciudades de Francia; por el contrario, la matanza se verificó en Meaux el 25 de agosto, en la Charité el 26, en Orleans el 27, en Saumur y Angers el 29, en Lyon el 30, en Troyes el 2 de setiembre, en Bourges el 11, en Ruan el 17, en Romans el 20, en Tolosa el 25; en Burdeos el 23 de octubre. Al considerar estas diferentes fechas, no se puede menos de creer que el ejemplo del fanatismo produjo aquellas diferentes matanzas, que la carniceria se extendió por toda la Francia como un reguero de pólvora, que se inflama en toda la línea por donde corre.

Véanse otras cuestiones no menos controvertidas. ¿En quien recae la responsabilidad del crimen? ¿En el rey y sus guardias, como lo pretenden Voltaire y todos los escritores de la escuela filosófica, ó en el pueblo, como lo afirma Augusto De-Thou, escritor imparcial?

Por una parte, los que dan crédito á la conspiracion de los señores, desechando la suposicion de un gran motin concertado con el pueblo, citan á Cupilupi, á Brantome y á d'Aubigné, las *Memorias* de Condé, y en general á todos los protestantes. No queriendo admitir que la masa de la nacion estuviese irritada contra los herejes, dan el plan de la conjuracion como emanado de un comité secreto formado por Catalina, Tavannes, Birague, y dirigido por la inspiracion española. Afirman que no sólo el pueblo bajo sino tambien la mayoría de los grandes señores, ignoraban el proyecto de matanza. Citan, en prueba de este aserto, la conversacion de Carlos IX con un cortesano, que habiéndole dado á entender que estaba informado de las resoluciones de la corte por el duque de Anjú, fué despedido con cólera por el rey, y los cargos dirigidos por Carlos á su hermano, á quien hizo llamar al instante para reprenderle por su indiscrecion. Algunos, como Tavannes, en los recuerdos de la vida de su padre, sostienen que sólo querian deshacerse de los jefes rebeldes, y que el furor del populacho hizo general la matanza. Otros, á ejemplo de De-Thou, afirman que el proyecto era comprender á todo el partido en una misma proscripcion.

De esta manera, á medida que se trata de dar luz á las tinieblas de este problema histórico, la oscuridad se aumenta. Si consultamos los escritos calvinistas, la tragedia de Chenier, la historia de Hum, un monarca cruel, una reina italiana y algunos criminales ó confidentes lo han hecho todo. Si, por el contrario, se da crédito á Lingard, toda la nacion fué cómplice de aquel crimen. Ahora bien, esta opinion está favorecida por los opúsculos de la época, tanto en prosa como en verso, que hablan de las exclamaciones de alegría que con este motivo lanzó el populacho. Si se les atiende, no fué Carlos IX quien impulsó á su siglo, sino quien fué impulsado. Caplier de Vallay, tan mal poeta, publicaba entones los versos siguientes:

L'Eternel Diel veritable,  
Qui descouvre tous les secretz,  
A permis de droit equitable  
Les perfides estré massacrez;  
Car la dimanche vingt-quatrième  
Furent tués plus d'un centième  
Fauteurs de la loi calvinienne.  
Depuis, on a continué  
De punir les plus vicieux  
De ceux qui avoient remué  
Toute la terre, voir les cieux.

Semejante elegia no se hubiera vendido por las calles de Paris, si no hubiese correspondido á las pasiones y servido de órgano á los furoros de la muchedumbre. No se permiten poesias tan detestables sino en ocasiones semejantes; cuando esta reaccion nacional surgió de una manera tan brutal, tan chocante, debe suponerse en ella mucha energia y gran conformidad de ideas. *La marmita derribada por los herejes*, *La justa venganza de Dios contra los herejes*, manifiestan el furor popular; y los grabados de la época, las medallas acuñadas en honor de los asesinos católicos, los sermones pronunciados en el púlpito á la multitud, los furoros de la Liga y de todo el pueblo, son otras tantas pruebas en apoyo de la opinion que acrimina á las masas y no á un pequeño número de conjurados.